

D. GREGORIO.

¡Calle! ¿Con qué si usted se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL.

¿Y por qué no?

D. GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de antejo y....

D. MANUEL.

Sin duda.

D. GREGORIO.

¿Y que vaya al prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniaco y merienda en el rio, y....

D. MANUEL.

Cuando ella quiera.

D. GREGORIO.

¿Y tendrá usted conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

D. MANUEL.

Preciso.

D. GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

D. MANUEL.

Si no es sorda.

D. GREGORIO.

¿Y usted callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL.

Pues ya se supone.

D. GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco.... Vaya usted adentro, niña: usted no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á Doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta y se pasea colérico por el teatro.)

ESCENA III.

DON MANUEL. DON GREGORIO. DOÑA LEONOR.
JULIANA.

D. MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vi-

virá conmigo en libertad honesta, la trataré bien, haré estimacion de ella, y probablemente corresponderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO.

¡Oh! ¡qué gusto he de tener cuando la tal esposa le....

D. MANUEL.

¿Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO.

¿Qué gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL.

Yo ignoro cuál será mi suerte, pero creo que si no te sucede á ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mia, y veremos entonces cuál de los dos tiene mas gana de reir.

DOÑA LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que usted le

amenaza, señor Don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que usted se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si usted hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atreveria á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como usted, pan bendito.

D. GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así.... Vamos, Leonor. Allá te dejaré con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

DOÑA LEONOR.

¿Pero no irá usted por mí?

D. MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el

criado de Doña Beatriz puede acompañaros. A Dios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de usted.

(Don Manuel y las dos mugeres se van por una de las calles.)

D. GREGORIO.

Yo no soy criado de usted. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan. . . . ¡Qué familia! Un hombre maduro, empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza, ni. . . . No, la prudencia misma no bastaría á corregir los desórdenes de semejante casa. . . . Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos egemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla. . . . Pondremos remedio. . . . Muy buena es la plazuela de Afligidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE. COSME. *(Salen los dos de la casa de Don Enrique, y observan á Don Gregorio, que estará distante.)* DON GREGORIO.

COSME.

¿Es él?

D. ENRIQUE.

Sí, él es: el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO.

¿Pero no es cosa de aturdirse al ver la corrupción actual de las costumbres. . . .

D. ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua *(Se acerca un poco Don Enrique por el lado derecho de Don Gregorio, y le hace cortesía.)*, no vemos en nuestra juventud sino excesos de inobediencia, libertinage y. . . .

D. ENRIQUE.

¿Pero este hombre no ve?

COSME.

¡Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(Hace que Don Enrique pase por detrás de Don Gregorio al lado opuesto.)

D. GREGORIO.

No, no, no..... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la corte no pudiera menos de.....

(Estornuda y se suena.)

D. ENRIQUE.

No hay remedio: yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO.

¿Eh? *(Se vuelve hacia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.)* Pensé que hablaban..... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese usted.

D. GREGORIO.

¿Quién va? *(Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en Don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y Don Enrique se le va acercando.)* Las orejas me zumban..... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á..... ¿Es á mí?

COSME.

Ánimo.

D. GREGORIO.

Alli ninguno de estos barbilindos viene con sus..... ¿Qué diablos!..... ¡Dale!..... ¡Vaya que el hombre es atento!

D. ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraido á usted de sus meditaciones.

D. GREGORIO.

En efecto.

D. ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á usted, que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle.....

D. GREGORIO.

Bien.

TOMO III.

3

D. ENRIQUE.

Y de manifestarle á usted con la mayor sinceridad cuánto celebraría poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO.

Lo estimo.

D. ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de usted, en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona.....

D. GREGORIO.

Muy bien.

D. ENRIQUE.

¿Y sabe usted las noticias que hoy tenemos? En la corte aseguran como cosa muy positiva.....

D. GREGORIO.

¿Qué me importa?

D. ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, y.....

D. GREGORIO.

¡Eh!

D. ENRIQUE.

Realmente (*Después de una larga pausa prosigue*

Don Enrique. Se para, deseando que Don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.) Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte..... Las provincias en comparacion de esto..... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!..... Y usted ¿en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO.

En mis negocios.

D. ENRIQUE.

Sí; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves..... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace usted?

D. GREGORIO.

Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de usted en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que..... Yo, si usted no estuviese muy ocupado, pasaria, así, algunas noches á su casa de usted, y.....

*

D. GREGORIO.

Agur.

(Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE. COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE.

¡Ah! ¡Yo me desespero!

COSME.

¿Y por qué?

D. ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favôr. Eso que á usted le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa usted, señor Don Enrique, para que

se tranquilice y se consuele, que una muger á quien zelan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamorado, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisvadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la martirizan y la desesperan. ¿Y qué sucede? Lo que es natural, naturalísimo: que el tímido caballero, animándose al ver el justo resentimiento de la señora por los ultrages que ha padecido, se lastima de su situacion, la consuela, la acaricia, la arrulla; y ella, como es regular, se lo agradece, y..... en fin, se adelanta camino. Créame usted: la aspereza del consabido tutor le facilitará á usted los medios de enamorar á la pupila.

D. ENRIQUE.

¿Qué facilidades me propones, cuando sabes que hace ya tres meses que suspiro en vano?

Ganado el pleito, por el cual emprendí mi viaje de Córdoba á Madrid, entretengo con dilaciones á mi buen padre, impaciente de verme; huyo del trato de mis amigos, de las muchas distracciones que ofrece la corte; me vengo á vivir á este barrio solitario para estar cerca de Doña Rosita y tener ocasiones de hablarla, y hasta ahora mi desdicha ha sido tan grande, que no lo he podido conseguir.

COSME.

Dicen que amor es invencionero y astuto; pero no me parece á mí que usted pone toda la diligencia que pide el caso, ni que discurre arbitrios para....

D. ENRIQUE.

¿Y qué he de hacer yo, si la casa está cerrada siempre como un castillo; si no hay dentro de ella criado ni criada alguna de quien poder valerme; si nunca sale por esa puerta sin ir acompañada de su feroz alcaide?

COSME.

¿De suerte que ella todavía no sabe que usted la quiere?

D. ENRIQUE.

No sé qué decirte. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Marcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al cementerio ó al camino de Maudes, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazón; ¿pero quién sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco obscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido, y conoce lo que la quiero.... Discurre tú algun arbitrio.....

COSME.

Sí, discurremos.

D. ENRIQUE.

A ver si se puede....

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien.
A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que.....

COSME.

No ve usted que si el amigo estuviese ahí
detras de las persianas avizorándonos con el ojo
que le sobra..... No, no, á casa..... Y des-
pacito, como que.....

D. ENRIQUE.

Sí, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de Don Enrique.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

(Sale Don Manuel por una de las calles, llega á su casa, tira de la campanilla, despues de una breve pausa se abre la puerta, entra, y queda cerrada como antes.)

D. MANUEL.

Abre.

ESCENA II.

DON GREGORIO. DOÑA ROSA.

(Salen los dos de casa de Don Gregorio.)

D. GREGORIO.

Bien, vete que ya sé la casa, y aun por las
señas que me das tambien caigo en quien es el
sugeto.

(Se aparta un poco de Doña Rosa, y vuelve despues.)

DOÑA ROSA.

¡Oh! ¡Favorezca la suerte los ardides que me
inspira un inocente amor!